

IBEROAMERICA: LA ORTODOXIA DEL FONDO FRENTE A LA HETERODOXIA  
AUTOCTONA

(Washington Post Services - Herald)

Nunca desde inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando América del Sur buscó afanosamente un modelo económico que pudiera considerar como propio, se había visto en este continente un debate económico tan vivo y tan creador. Llevados por el fracaso de las fórmulas tradicionales para corregir la / inflación y otros males crónicos, algunos de los países más gravados por la deuda buscan desesperadamente nuevas panaceas. En / los últimos dos años han intentado la congelación de precios y de salarios, han creado nuevas monedas, han suspendido el pago de la deuda y han puesto en práctica otras medidas poco convencionales para contrarrestar las espirales ascendentes del coste de vida y para restaurar el orden económico sin interrumpir el / desarrollo. La popularidad y la credibilidad de las nuevas democracias están pendientes de los resultados que se obtengan de / todo ese esfuerzo.

Hasta ahora no se han encontrado fórmulas válidas o políticamente aceptables. Las más innovadoras, las intentadas en Argentina, Brasil y Perú, han despertado ilusiones, pero poco más, lo que ha inducido la vuelta por lo menos parcial a remedios más ortodoxos. "Los países del área están intentando hacer algo original, al igual que en los años 50", ha dicho Rudiger Dornbusch, / el economista del MIT y experto en Iberoamérica. Entonces, muchos se inclinaron por la sustitución de importaciones como vía hacia la industrialización. Pero esta fórmula dió lugar a enormes ineficacias en la medida en que las industrias protegidas carecían de competencia y exigían frecuentemente enormes subsidios oficiales. Ahora, explica Dornbusch, estos países buscan nuevos modelos, y saben que la solución no es fácil.

Desde el principio de la crisis de la deuda en 1982 Iberoamérica no ha tenido apenas crecimiento alguno, y sí unos menores niveles de vida, un elevado paro, bajos niveles de inversión y un reducido comercio exterior. Aunque la producción conjunta de la región subió un 3,8% el año pasado, su aumento fué solamente del 1,4% por habitante y todavía no ha alcanzado el nivel de / 1980. La paciencia de la población se está consumiendo, y el informe del Banco de Desarrollo Interamericano advirtió ya la aparición en varios países de "profundos conflictos sociales que / amenazan el desarrollo, tanto político como económico". La presión política en demanda de un mejor nivel de vida ha hecho que muchos políticos demócratas dudaran de aplicar reducciones del gasto o limitaciones del consumo propugnadas por el Fondo Monetario Internacional y otros acreedores.

Paralelamente, ha disminuído la fe en las soluciones milagrosas después de que planes anti-inflacionistas establecidos / en Argentina, Brasil y Perú condujeran a niveles anuales de inflación de tres dígitos.

A lo largo y ancho de Iberoamérica la consigna del momento es "heterodoxia", término que significa cualquier cosa que suponga un remedio original que difiera de los propugnados por el FMI. El punto esencial sigue siendo el control de la inflación. El / servicio de la deuda supone en la actualidad un tercio aproximadamente del gasto público, lo que significa grandes déficit presupuestarios, los cuales a su vez disparan la demanda y estimulan la inflación.

Después del estallido de la crisis de la deuda, hace cinco años, Iberoamérica se dirigió al FMI pidiendo consejo y financiación a corto plazo. Las medidas ortodoxas recomendadas fueron reducciones presupuestarias que contrajeran el gasto público, altos tipos de interés que propiciaran el ahorro y redujeran el / consumo, y devaluaciones que disminuyeran el precio de las exportaciones y estimularan las ventas al exterior. Pero la inflación persistió, incluso cuando la producción dejó de crecer.

Por otra parte, la recompensa por aplicar las medidas propugnadas por el Fondo se pensó que sería la reapertura de las líneas de crédito internacionales. La verdad fué que ya en 1985 / los bancos extranjeros ofrecieron poco más de lo necesario para conservar vivos los viejos préstamos.

El Plan Austral argentino, iniciado en Junio de dicho año; el Plan Cruzeiro de Brasil, puesto en marcha ocho meses más tarde, y el plan de Perú, confeccionado asimismo en aquellos meses, marcaron la nueva dirección. En contraste con el enfoque del FMI, dirigido a reducir la demanda, los innovadores planes sudamericanos pretendieron quebrar las expectativas públicas de que los / precios y los salarios seguirían subiendo indefinidamente. Los / precios fueron congelados -Argentina incluso congeló los salarios- y se introdujeron nuevas monedas nacionales para sustituir a las que habían perdido valor. Perú, intentando obtener una mayor capacidad de maniobra financiera, limitó el servicio de la deuda al 10% de los ingresos de la exportación.

Esta terapia de choque era una respuesta política, además de económica, a las crisis a que estaban haciendo frente Alfonsín en Argentina, Sarney en Brasil y García en Perú. Los programas consiguieron éxitos espectaculares al principio. Las tasas / anuales de inflación se redujeron apreciablemente, hasta alcanzar niveles del 60-80%, considerados bajos en Sudamérica. El producto nacional aumentó, en términos per cápita, a niveles situados entre el 4,5 y el 6%.

Los tres planes, sin embargo, adolecieron de un defecto: no fueron suficientes en las fases sucesivas para atacar las deficiencias estructurales que habían de dar lugar a los rebrotes inflacionistas. Brasil dejó que se disparara el déficit público. Argentina nunca intentó la apertura económica ("never managed to secure the opening of the economy") ni la reforma del sector público. Perú vió cómo se expandía el sector no controlado de su / economía ("watched its informal business sector expand").

Mientras tanto, aunque los líderes más importantes de Sudamérica se siguen manifestando contrarios a las fórmulas puramente ortodoxas, éstas van siendo adoptadas más y más, en ausencia de alternativas válidas. En Brasil, por ejemplo, el último programa de estabilización propugna la reducción del gasto público, mayores impuestos y el crecimiento económico resultante de un incremento de las exportaciones. Una devaluación del cruzeiro ha estimulado las ventas al exterior y ha hecho posible un apreciable superávit comercial.